

# SUPLEMENTO SEMANAL

DE LA

## REVISTA MILITAR ESPAÑOLA.

Año III. Madrid 26 de Agosto de 1882. N.º 34.

¿Tendremos ó nó marina de guerra?

### II.

Considerada la cuestión bajo el aspecto examinado, ¿es desear aventuras el pedir una potente marina de guerra en el más breve plazo posible? Creemos que no: pensamos más, y es que ese deseo es el único que, realizado, puede salvarnos y conducirnos al porvenir que todos anhelamos.

Se dijo también en la Alhambra que debemos dar incremento á nuestro comercio exterior y á nuestra marina mercante ántes de pensar en la de guerra, si no mienten los extractos que conocemos, y debemos negar tal principio.

El desarrollo de una y otra debe ser simultáneo: á cada acrecentamiento comercial, á cada expansión mercantil, debe ir anexa mayor fuerza de guerra marítima, puesto que los elementos de ésta son los que escudan los barcos de aquella.

Si no existe esta simultaneidad de desarrollo hay mucho que temer por la marina mercante, que se retraerá del tráfico por no considerarse segura, ó, lo que es muy humillante, se verá obligada á matricularse bajo bandera extraña.

Recuérdese la guerra de Secesión americana, durante la cual, y debido á las incesantes correrías de los buques corsarios del Sur, muchos de los barcos mercantes del Norte hubieron de ampararse bajo extranjeras banderas para dar así seguridad á su comercio.

En la misma Inglaterra, en la Gran Bretaña, cuya marina de guerra está en proporción de uno á cinco respecto á la de todas las demás naciones reunidas, se teme por la marina mercan-

te en caso de guerra con otra potencia civilizada. Parecerá extraña esta afirmación, y, sin embargo, nada tiene de inverosímil. La marina mercante de vela inglesa está en la relación de uno á dos respecto á la de igual clase de todas las demás naciones, y la de vapor próximamente es igual á la de estas reunidas, de modo que su comercio marítimo representa más de la mitad del que se hace en todo el globo: cuenta más de veinticincomil buques mercantes, y esta razón numérica creemos nos relevará de aducir otra clase de razonamientos.

Pues bien; con ser tan superior la armada militar para proteger el comercio marítimo, los ingleses creen que, en caso de guerra con una regular potencia naval de Europa ó América, les sería más prudente amparar sus barcos bajo pabellón extranjero que confiar en la protección de las escuadras nacionales, porque, además de no ser éstas suficientes para hacer esa protección completamente eficaz, están distribuidas en estaciones lejanas unas de otras sin reciproca unión, y, á mayor abundamiento, es muy fácil hacer caso omiso de la convención de París de 1856 y armar buques corsarios contra el comercio inglés, método de guerra que no es del agrado de los hijos de Albión, que recuerdan muy bien que de 1812 á 1814 los corsos yankees se apoderaron en seis meses de doscientos buques de comercio británicos.

La prueba más completa de que Inglaterra no considera suficiente su marina de guerra para proteger bien la mercante es el discurso pronunciado por sir Armstrong últimamente al ser elegido presidente de la asociación de ingenieros civiles, y las continuadas construcciones de poderosos acorazados como el *Edimburgh* y el *Colossus* poco há votados al agua á fin de au-

mentar incesantemente su potencia militar naval.

Es, pues, indudable que la marina de guerra se ha de desarrollar en simultaneidad con la mercante y en relativa proporción ascendente.

Los mercados para el comercio se abren por medio de tratados ventajosos que tengan como suprema garantía, no los principios de derecho internacional que en último caso nada valen y nada significan, sino el respeto que infunden unos cuantos buques de construcción moderna perfectamente armados.

Sin esa última razón aquellos mercados se nos cerrarán por cualquier motivo, ó nos harán alejar de ellos otros buques extranjeros escoltados por respetables escuadras de guerra.

Es más: para abrir nuevos mercados á nuestro comercio cuando sean insuficientes los que ahora tenemos porque los resultados sean negativos, ó porque nos convenga más dirigir nuestra acción mercantil hácia territorios más próximos ó mas productivos, necesitamos imperiosamente una potente marina de guerra que escolte con algunos de sus buques nuestras primeras expediciones á los nuevos mercados, que infundan respeto á otras naciones que intenten arrebatarnos la prioridad en ellos, y que, á la vez, nos creen simpatías que se traduzcan en ventajosos tratados con los pueblos á donde vayamos á traficar, porque se observa que la fuerza, cuando no se abusa de ella para esclavizar ó dominar, produce respeto y simpatía que se resuelven en cariñoso afecto y aumento de cambio de productos.

¿Que el país no responderá suficientemente á la idea iniciada!

¿Acaso el pueblo español ha dejado de responder alguna vez á todo lo que sea grande y generoso? Mal conocen su carácter y su historia los que así le juzgan.

España, el país de las grandes antítesis, ó se empequeñece entre ideas mezquinas y parcialidades numerosas y violentas que le chupan su sangre y su dinero hasta dejarle anémico y miserable, ó se eleva de repente y como por encanto hasta alturas sublimes donde no han llegado jamás otras naciones.

Junto á las continuas luchas civiles

y consecuente empobrecimiento que nos relata la historia de los reinados de Enrique III, Juan II y Enrique IV, que duraron ochenta y cuatro años y dejaron perder la marina que creara Alfonso X, aparece la ingente figura de Isabel la Católica, que se desprende generosamente de sus valiosas joyas para dar á Colón tres carabelas con que descubrir un mundo para la corona de Castilla, siguiendo en aumento nuestro poderío naval durante los esclarecidos reinados de Carlos I y Felipe II.

Después de los decadentes tiempos de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, en cuyo último período, como dice un escritor, era tanta nuestra miseria y abyección que no existía en España ni un navio, ni un general, ni un sabio, ni un buen político, vienen los reinados de Felipe V, Fernando VI y Carlos III, durante los cuales nuestra marina adquiere progresivamente la importancia que había perdido, merced al buen gobierno de La Ensenada y sus ilustres sucesores, en cuyos buenos tiempos creció de tal modo la importancia marítima del Ferrol que llegaron á construirse en sus talleres á la vez y en el espacio de tres años doce poderosos navios de línea, y se creó el arsenal de Cartagena, dando así potente vida á nuestra marina de guerra que llegó á causar recelos á la Gran Bretaña.

A los tiempos de Carlos IV y Fernando VII, durante los cuales hemos perdido casi todo nuestro imperio colonial, desapareciendo correlativamente nuestra marina de guerra y nuestro comercio, ha sucedido el reinado de Doña Isabel II, en cuya época Narvaez y el insigne O'Donnell dieron atrevido impulso á nuestra vitalidad nacional y á nuestra marina de guerra, y hoy tenemos fundadas esperanzas de que bajo el ilustrado reinado de D. Alfonso XII siga creciendo nuestra marina de guerra, y nuestra riqueza, y nuestro comercio internacional, hasta llegar á ser la España actual digna émula de la España de Carlos III, de Fernando VI, de Felipe II y de Carlos I.

¿Por qué hemos de creer que el pueblo español no responderá calurosamente á la idea iniciada?

¿No respondió unánime el Dos de Mayo al grito de independencia lanza-

do por Daoiz y Velarde en las calles de Madrid, á pesar de estar postrado, pobre, enfermo y abatido?

¿No contestó tambien unánime en 1859 á la idea de llevar á Africa nuestras banderas, allegando recursos de todas clases y en tan crecido número que asombraron á todas las naciones?

Siempre que ha habido necesidad de remediar grandes catástrofes, ó exigir supremos sacrificios, ¿no ha acudido presuroso el pueblo español en masa á depositar su valiosa ofrenda ante el altar sagrado de la patria?

El creer que ahora no lo hará; el suponerlo siquiera, es una ofensa que no merece.

Cuando una nación como España, cuyas bellas cualidades són envidiables y envidiadas, siente dentro de su sér colectivo una necesidad que sólo puede satisfacerse por medio de un supremo esfuerzo, esa nación no discute la conveniencia ó inconveniencia de esa satisfacción, sino que la lleva á cabo de hecho en lo que la medida de sus fuerzas productoras la permitan.

Y las fuerzas productoras españolas pueden actualmente, ¿no han de poder? satisfacer por medio de un supremo esfuerzo la necesidad que se siente.

Porque estamos ciertos de ello, no hay un ciudadano español que no considere muy crítica la época actual para nuestro porvenir, y que no esté dispuesto á llevar su óbolo á la pira nacional, al fuego pátrio, para contribuir á nuestra completa regeneración y crecimiento.

A ningun español le es agradable ver la fortaleza de Gibraltar en manos extrañas; todos vemos en Marruecos la base de nuestra futura bienandanza y poderío; se recela que nuestras posesiones del golfo de Méjico lleguen un día á emanciparse de la madre patria, ley que parece general á toda colonia de alguna importancia cuando llega á competir en riqueza y civilización con la Metrópoli; se contempla la gran distancia que media para acudir á defender pronto y bien las islas Filipinas el día que la civilización y poderío de las naciones asiáticas fijen su mirada en ellas de un modo penetrante; se siente todo esto, se vé en el Africa una nueva América más próxima que la verdadera, y de la cual nos corres-

ponde naturalmente una buena parte, y todos, absolutamente todos los que amamos la patria española, que somos todos sus hijos, queremos una poderosa marina de guerra que abra nuevos y más anchos horizontes á nuestra vitalidad nacional, y no escasearemos recursos pecuniarios hasta conseguir que el deseo general se convierta en realidad.

¡Que España no responderá á la idea emitida! España no discute las grandes ideas, sino que las siente; y el corazón es más patriótico y más generoso que la cabeza.

Si se tratase de un pensamiento mezquino que tuviera por objeto un interés privado, un medio de parcialidad, nosotros, los primeros, despreciaríamos tal pensamiento y daríamos la voz de alerta sobre él para que no hubiera incautos que se dejasen alucinar.

Pero se trata de la grandeza de España; y, ante tan sublime principio, no hay corazón español que no palpite con extrema violencia, ansioso de ofrecer á la patria, esa entidad que nos cobija bajo su glorioso manto, una pequeña parte de su peculio para que construya los barcos que necesita como base de su futuro engrandecimiento.

Lo que se precisa es popularizar la idea; lo que exige nuestro carácter nacional, nuestro espíritu pátrio, es que la prensa en masa, lo mismo la de la capital que la provincial, igual la militar que la civil, idéntica la política que la científica, publiquen en sus columnas artículos exentos de todo interés particular, llamen poderosamente la atención sobre la importancia nacional de la idea emitida, hagan sentir la imperiosa necesidad de realizar el pensamiento iniciado, y, no lo dudamos, el pueblo español, este pueblo que lleva en su esencia el gérmen de grandes destinos, acudirá presuroso al llamamiento hecho, sin que ni una duda, ni una vacilación, ni la más ligera desconfianza entibien su ardor patriótico, sus levantados y generosos sentimientos.

Que vean las provincias que la capital es la primera en abrir presurosa y abundante la suscripción nacional; que vean la clase media y la clase trabajadora que la aristocracia española, que la clase alta, es la primera en acudir al llamamiento hecho; que obser-

ven las Diputaciones y los Municipios que los miembros del Gobierno y los altos cuerpos del Estado són los primeros en llevar su valioso óbolo á la gaveta nacional abierta para recibir los recursos que ofrezcan todos los españoles; que el pueblo en masa vea, en fin, que desde la real familia hasta el hogar del humilde bracero todos los españoles sienten igual necesidad, y se disponen igualmente á satisfacerla, y, estamos seguros de ello, España tendrá muy pronto una marina militar respetable para abrir ancho paso al porvenir nacional á través de las complicaciones internacionales que ha empezado á suscitar la cuestión del dominio del Africa.

Para las grandes ideas se precisan grandes hombres y grandes ejemplos que arrastren en pós de sí los corazones y la opinión pública.

Que los hombres que hoy brillan en nuestra patria; que las elevadas personalidades que imprimen formá á la nación española den ejemplo, y todos le seguiremos ciegamente, y habrá recursos suficientes, y tendremos marina militar que nos represente potentemente en el concierto de las naciones: ese es el medio eficaz.

«El Rey, ha dicho Montesquieu, imprime el sello de su carácter á palacio, el palacio á la córte, la córte a las provincias. El alma del soberano es un molde que dá la forma á todas las demás.»

Pues bien, comience la suscripción nacional en las más elevadas regiones sociales; principie la práctica de la idea enunciada en los más altos centros del Estado; empiece la realidad del pensamiento emitido en la capital de la monarquía, y el militar y el paisano, el propietario y el trabajador, el labriego, el comerciante y el industrial, seguiremos el ejemplo con abnegación patriótica, sin parar mientes en la importancia del sacrificio que nos imponemos.

Se ha dicho que desde el año setenta se han gastado ochenta y tres millones en material sin resultados visibles.

¿Y qué significan ochenta y tres millones de pesetas en doce años para material naval?

¿Es suficiente la cantidad anual de ocho y medio á nueve y medio millones

de pesetas asignada para material de arsenales durante el último septenio?

Evidentemente, no: tal cantidad sólo puede cubrir holgadamente las imprescindibles atenciones que se refieren á carenas y entretenimiento de buques, á recomposición de máquinas y adquisición de artefactos de talleres, y de ningún modo á levantar en breve plazo nuestra mermada marina. Recordamos, á propósito, que hace dos ó tres años un periódico de una de las más hermosas capitales marítimas de España, que no es militar ni marino, dió á luz unos luminosos artículos respecto á nuestra armada, y conceptuaba necesaria durante diez años la cantidad de catorce millones de pesetas como mínimo para construir en ese tiempo una escuadra de combate compuesta de dos acorazados de primera, (tipo el *Alexandra* inglés), dos de tercera, (semejante á la *Zaragoza*, aunque con más espesor de coraza), y diez guardacostas (parecidos al *Abisinia* inglés), aparte del conveniente número de cruceros y cañoneros de madera cuyo coste valuaba en sesenta y seis millones de pesetas, dando en total la suma de seiscientos millones de reales necesarios para tener una armada nada más que regular, y áun esto aprovechando convenientemente lo ménos malo que tenemos, entre lo que debe contarse la *Numancia*, la *Sagunto*, la *Zaragoza* y la *Victoria*, fragatas blindadas de segundo y tercer orden que aún se encuentran en estado de prestar servicios de guerra.

Ahora bien: si cada acorazado de primer orden tiene un coste aproximado de sesenta millones de reales, los de segunda cuarenta y ocho ó cincuenta y los de tercero treinta y cinco ó cuarenta, y si pretendemos tener disponible para obrar en el Mediterráneo y costa de Africa una escuadra de combate compuesta por lo ménos de dos acorazados de primera, cuatro de segunda y ocho de tercera, aprovechando para ello los cuatro blindados que poseemos en regular estado, se necesita la cantidad aproximada de cien millones de pesetas, cantidad que el Tesoro público no puede facilitar en ménos de diez años, tiempo suficiente para que todo haya concluido y nos encontremos reducidos á la más mínima expresión.

¿Y es patriótico, cuando se vé que el presupuesto nacional no puede hacer esfuerzos de ningún género en pró de la marina militar, es patriótico, repetimos, que el país se retraiga y no acuda entusiasta con su valioso óbolo para hacer lo que el Gobierno no puede hacer por falta de medios?

Acuda, enhorabuena, el presupuesto de marina á cubrir con la prontitud posible á las cantidades de que puede disponer á la reconstrucción y mejoramiento de la marina de defensa ó costera y de la de trasportes y cruceros, que todo es muy necesario para nuestra seguridad nacional y para el caso de que una nación naval más potente que nosotros traiga la guerra á nuestro suelo; pero estimúlese también al país en general para que unidos todos en patriótico consorcio hagamos un supremo esfuerzo y pongamos inmediatamente sobre el mar la escuadra de combate que necesitamos para llegar á satisfacer nuestros ideales nacionales y garantizar la seguridad de nuestras colonias, puesto que sin esa escuadra no podremos pensar jamás en Gibraltar ni en Marruecos, y, además, deberemos temer por Cuba, Filipinas, Puerto-Rico, las Baleares y Canarias.

Necesitamos marina; esto es indiscutible: España siente esa imperiosa necesidad como siente la planta la oportunidad de benéfica lluvia de Abril cuando el pertinaz cierzo de Marzo la ha puesto mística, amarillenta é inclinada hácia la tierra.

La patria de los Roger de Flor, de los Juan de Austria, de los Marqués de Santa Cruz, de los Churrucas y Mendez Nuñez, ha sufrido durante todo este siglo el récio vendabal de las guerras civiles, de los pronunciamientos militares, de las asonadas y de las revoluciones: hoy que el país alleccionado por las enseñanzas anteriores parece rejuvenecer con las revoluciones pacíficas de la industria, del comercio, de las artes y de la agricultura, siente España la necesidad de una buena marina militar que prepare á su actividad trabajadora y mercantil el ensanchamiento de un horizonte hoy reducido.

Cuando grandes necesidades que implican progreso y acrecentamiento y riquezas se sienten en los pueblos, éstos anhelan satisfacer esas necesidades á toda costa, sin que les detenga el

sacrificio que sea preciso hacer, por grande que sea.

El pueblo español de hoy, desengañado de las luchas civiles y motines parciales que han ensangrentado su hermoso suelo en lo que vá de siglo, maldice su próximo y azaroso pasado, y quiere para su porvenir una idea verdaderamente nacional, un pensamiento político-social colectivo, una enseña que se alce radiante sobre todo lo que sea individualidad ó partido, para acudir presuroso á su alrededor llevando como principio la razón y como fin el renacimiento y la grandeza de la patria.

Esa idea está condensada en pocas palabras: fuerte y sólida posesión de lo que tenemos, Gibraltar, Marruecos, unión ibérica.

Para todo ello necesitamos marina militar, pues si bien nuestra acción en Portugal debe ser acción de hermanos cariñosos, es indiscutible que precisamos imponer respeto á una raza extranjera y ambiciosa que obra sobre ese pedazo de la Península como embozada señora, tendiendo siempre á romper los lazos con que Dios nos ha unido.

Construyamos, pues, esa marina; vea el mundo que el pueblo español de hoy es digno sucesor de aquél pueblo que dió á Europa un nuevo continente; unámonos en nuestras legítimas aspiraciones nacionales, y los resultados serán grandiosos.

En primer lugar, desaparecerán en mucha parte las parcialidades interiores que se multiplican incesantemente, faltó el país de aspiraciones verdaderamente nacionales; y esas luchas intestinas, y ese desgarramiento interno, que han sido nuestra mezquina y característica idea durante bastantes años, harán lugar á una unión íntima y cariñosa entre todos los elementos sociales y políticos que constituyen nuestra nacionalidad.

Los elementos colonizadores en que abunda nuestra patria, y que hoy alimentan incesantemente el crecimiento y desarrollo de la colonia argelina y de las repúblicas hispano-americanas, tendrán un objetivo más próximo y más patriótico y más productivo para la nación, que así dará ocupación y bienestar á sus hijos, y obtendrá en compensación mayor riqueza y pode-

rio, más respeto interior y exterior, mayor acrecentamiento social y político.

Nuestra naciente industria, que como naciente no puede ni podrá en mucho tiempo disputar en los mercados europeos la competencia con la de las demás naciones que á ellos llevan sus productos, adquirirá más incremento y rápido desarrollo, y se resarcirá de su impotencia, al luchar con las industrias extranjeras, llevando á nuevos y casi vírgenes mercados el resultado de su esfuerzo productor, que, al darla beneficios positivos, la aguijoneará para andar pronto el camino ya recorrido por otras potencias industriales, hasta llegar á ponerse á nivel con éstas.

Nuestro comercio tendría un punto de actividad más próximo y, por tanto, más conveniente para su crecimiento y riqueza, pues que la exposición sería menor, ganando así con creces lo que puede ir perdiendo en nuestras posesiones americanas y oceánicas por consecuencia de la competencia que le harán los Estados-Unidos y los grandes países del Asia, competencia temible por tener muchas ventajas de su parte en cuanto á proximidad, posición y baratura de transporte, así como por el menor precio de los objetos de comercio, efecto de la abundancia con que producen aquellos vírgenes terrenos y lo adelantado de la mecánica en la primera nación dicha.

Nuestra agricultura, que se relaciona muy íntimamente con la creciente carestía de los comestibles, carestía que va haciendo cada vez más difícil la vida de nuestras clases trabajadoras, tendría un nuevo campo donde desarrollarse en mejores condiciones que en la Península, por la identidad de terreno y producciones mejoradas con la circunstancia de haber sido muy poco cultivado el suelo, y áun esto con métodos pésimos y atrasadísimos. Nuestro pueblo, nuestra clase obrera, tendrían así una garantía de bienestar y relativa riqueza por el ahorro que hoy no pueden hacer, y se alejaría de nosotros la cuestión social, esa tenebrosa cuestión que empezando por el hambre puede llegar á concluir en el nihilismo, ó en algo peor.

El ejército, informado por una idea nacional provechosa á la colectividad, y donde no faltaría alguna que otra

vez obstáculos que separar, abandonaría para mucho tiempo el pensamiento de las luchas intestinas, único campo donde en la actualidad espera medrar, y que nos condena á aniquilarnos con asombrosa rapidez, con beneplácito de algunas naciones que aún sueñan allá en su fuero interno con un reparto efectivo como desenlace de la división nominal arreglada en los tratados del Haya y de Londres en 1698 y 1700.

La marina mercante y militar tendrían un extenso campo de acción y un positivo motivo de desarrollo y progreso creciente, en vez de la lánguida vida que hoy arrastran.

La actividad española, en fin, en todas sus formas y bajo todos los aspectos que se la mire, tendría así la principal causa impulsiva de su ensanchamiento y desarrollo; y el pueblo español, que hoy siente cierto malestar, efecto de lo raquíptico de nuestras miras, llegaría al desideratum de su objetivo esencial moderno, podría parangonarse con orgullo con las otras naciones europeas, y tendría derecho á exclamar unánime: ¡Aún hay patria! ¡Todavía esta nación, que tan brillantes y civilizadoras páginas tiene en la historia de la humanidad, posee el elevado temple de alma que distinguió á sus esclarecidos antepasados! ¡Aún puede España desarrollar potentemente el gérmen de grandes destinos que Dios puso en su esencia nacional!

MODESTO NAVARRO.

---

## SUCESOS.

---

### Sucesos de Egipto.

La audacia inglesa acaba de realizar á la faz de Europa un acto que aunque previsto desde un principio, no ha dejado de sorprender, ocupando el Canal de Suez, sin que hasta el presente, que sepamos, se hayan atrevido las potencias á formular la más leve protesta.

¿Qué significa este silencio? ¿Es acaso la sanción de la violencia consumada, admitida como jurisprudencia para hechos semejantes ulteriores meditados por aquellas, ó es resultado de un

convenio pactado previamente y en secreto por los más fuertes?

No acertamos con la contestación á estas preguntas que dejan entrever un porvenir de horribles calamidades... Abandonemos, por tanto, el campo de estas consideraciones y limitémonos á relatar los hechos en lo que á la parte militar se refiere y para ello, aunque no nos merezcan gran confianza, nos atenderemos á las noticias de origen inglés, únicas que circulan por Europa.

La ocupación del Canal fué llevada á cabo con tal sigilo y tal reserva por parte del general inglés, que ni áun los mismos comandantes de los buques ni los generales de las brigadas tenían la menor noticia de que la división de que forma parte el duque de Connaught, y que manda en persona sir Garnet Wolseley, estuviese navegando con tal rumbo.

Todas las órdenes dadas en Alejandria hicieron creer que se trataba de bombardear á Abukir y de desembarcar en él para emprender el ataque á las líneas de Arabi. Los comandantes de las fragatas recibieron orden de navegar con rumbo á Abukir, y el general que se quedaba en las líneas de Ramleh las tuvo para que estuviese dispuesto á proteger las fuerzas inglesas que atacarían aquellos fuertes en caso necesario. El general Wolseley le entregó un pliego cerrado, ya á bordo del buque donde se embarcó, diciéndole:

«Gewse, estad prevenido á todo evento, y conservad cuidadosamente este pliego reservado que no abrires hasta mañana á las diez. En él os doy mis últimas instrucciones.»

El Times dice que en la noche del último sábado el comandante Edwards, siguiendo un plan bien combinado, tomó posesión del Canal con los buques de su escuadra y ocupó á Kantara, al Sur de Port-Said, una hora ántes de amanecer. Al mismo tiempo, el capitán Fairvax ocupaba á Por-Said sin encontrar resistencia en las tropas egipcias que entregaron pacíficamente sus armas.

Poco despues, ó casi al mismo tiempo, el capitán Fitzroy se posesionó de Ismailia, donde hubo una pequeña escaramuza, que hizo necesaria la presencia de alguna fuerza enemiga en Nefiche, punto situado en el ferro-carril

que va á Zagazig, destacada allí hace algún tiempo por el general arabista. Estas tropas fueron desalojadas de sus posiciones, pero no sin que hicieran fuego, de cuyas results quedó ligeramente herido el comandante Kan: según el parte del almirante Hoskins «todo se realizó sin dificultad,» y ántes de las siete de la mañana del domingo, hora en que envió su despacho el almirantazgo, la escuadra británica se hallaba en completa posición del Canal y de todas las plazas importantes de sus orillas.

El almirante añade que la comunicación telegráfica con Ismailia estaba restablecida y que reinaba completa tranquilidad, alterada despues cerca de Serapeum, á unos seis kilómetros de Ismailia, donde hubo un encuentro el 22 entre un destacamento escocés y los egipcios, los cuales huyeron con dirección al norte, perdiendo 100 hombres y 4 cañones, mientras que los ingleses sólo tuvieron siete bajas, dos muertos y cinco heridos. La desproporción es notable, pero se explica; la noticia es inglesa.

Volvamos al asunto principal.

La operación se verificó á la vista del almirante Seymour y del general Wolseley. Las autoridades navales y militares se encargaron provisionalmente de la vigilancia del Canal, cuyas oficinas ocuparon y quedó suspendido el tránsito hasta que las tropas ocuparan sus posesiones.

Simultáneamente con la ocupación del Canal, sir Edwardo Hamley hizo una demostración desde las líneas de Ramleh, para llamar la atención de los egipcios, pero no se intentó ningún ataque á Abukir donde sigue ondeando bandera blanca sin que se sepa el objeto, pues que habiendo entrado en su puerto un buque austriaco que creyó se hallaba ya la plaza en poder de los ingleses, echó á tierra un oficial y 12 hombres que fueron hechos prisioneros por los defensores.

El dia 20 y para distraer á las tropas egipcias mientras se verificaba la ocupación del canal, la división Word apoyada por el tren blindado, atacó la izquierda delejército egipciode Kafr-el-Duar que se sostuvo admirablemente en sus posiciones, haciendo retroceder al tren blindado, que estuvo á pique de ser aniquilado, así como al resto de las

tropas que se vieron muy comprometidas y precisadas á batirse en retirada.

Desde que los ingleses se apoderaron del canal han procedido con una actividad increíble á ser cierto el siguiente telegrama:

**Lóndres 24.**—«Los periódicos de esta capital anuncian que el ejército inglés se ha apoderado de Tell-el-kebir haciendo dos mil prisioneros.»

Sin embargo como el origen no es para nosotros de la mayor confianza, esperamos su confirmación, pues nos parece que dados los preparativos hechos en dicho punto por el ejército egipcio, no era empresa de pocos momentos la de desalojarle de dichas posiciones.

#### Armamento y defensa nacional.

La Junta Nacional de Propaganda para el fomento de la marina de guerra, ha quedado constituida en esta forma:

«*Presidente de honor:* Señor general Allendesalazar.

«*Presidente efectivo:* Sr. General Beranger.

«*Vicepresidentes:* Señores presidente de la Económica Matritense, del Círculo de la Unión Mercantil, de la Liga de Contribuyentes y del Fomento de las Artes.

«*Vocales:* Sres. D. José Fernandez de la Hoz, marqués de Comillas, general Polo de Bernabé, marqués de Campo, general Nava y Cavada, Los Arcos, marqués de Urquijo, Lora (D. Cecilio), conde de Velle, brigadier Fernandez Duro, D. Francisco Javier de Moya, brigadier Salas, Villanova (D. José Genaro), Catalá (D. Emilio), los presidentes del Ateneo, de la Asociación Mútua del Ejército y Armada, del Círculo Mínero, de la Asociación de Escritores y Artistas, D. Nilo Fabra y de los directores de los periódicos de Madrid adheridos al pensamiento.

«*Secretario general:* Sr. Alba Salcedo, director de *La Pátria*.

«*Vicesecretarios:* Sr. Vargas (D. Julio), Vigil, Fons y Muñiz, redactores de la prensa de Madrid y corresponsales de la de Ultramar.»

Sus primeros acuerdos han sido los siguientes:

1.º Declarar que la Junta se constituye sin carácter ni idea alguna política.

2.º Que una comisión, que al efecto se nombró, vaya á la Granja á invitar al Rey para que encabece la suscripción nacional que se abrirá en varios periódicos, y cuyos productos se depositarán mensualmente en el Banco de Castilla.

3.º Constituir juntas delegadas en las principales capitales, en los departamentos marítimos y en New-York, Méjico, Montevideo, Buenos Aires, Portugal, Brasil, San José de Guatemala, Perú, Chile, Venezuela, Colombia, Ecuador y Bolivia.

4.º Que la junta central se reúna todos los dias primeros de mes.

5.º Que una vez que la suscripción ascienda á una suma respetable, se abra un concurso entre los arsenales de España para la construcción de buques.

Por último, se nombraron las diferentes comisiones auxiliares que han de propagar la idea, tanto entre la prensa como entre los particulares y ante la Representación nacional.

Para las comisiones parlamentarias fueron nombrados los Sres. Marqués de Molins, Mosquera, Fernandez de la Hoz, Chacón, Beránger y Pavia y Rodriguez como senadores, y los señores Castelar, Cánovas del Castillo, Martos, Lopez Dominguez, Moret, Nava, Esteban Collantes, González Fiori y Lora, como diputados.

#### OBRAS RECIBIDAS.

CAROLINES.—Decouverte et description des iles Garbanzos, —D'apres le Manuscrit de l'Archive de Indias, de Seville, intitulé: Secretaria de Nueva España.—Eclesiástico.—Audencia de Filipinas.—Descubrimiento y descripción de las islas Garbanzos, por el padre J. Antonio de Cantova de la compañía de Jesús (1631-1734), publié par le capitaine de fregate D. Francisco Carrasco, traduit de l'espagnol par M. M. Eugene Gibert et A. W. Taylor.

Un folleto de 12 páginas, impreso en Paris.